

FRANCESCO PETRARCA

EPISTOLARIO

VOLUMEN I

CARTAS FAMILIARES

LIBROS I-XV

PRÓLOGO, PRESENTACIÓN DE CADA LIBRO
Y NOTAS DE UGO DOTTI

TRADUCCIÓN DEL LATÍN Y DEL ITALIANO
DE FRANCISCO SOCAS

REVISIÓN DE JORDI BAYOD

BARCELONA 2023



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Epistole*
Lettere disperse

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

- © de los prólogos, la presentación y las notas de las «Cartas familiares»,
las «Cartas de senectud» y las «Sine nomine», by Ugo Dotti
© de la introducción y las notas de las «Cartas dispersas»,
by Alessandro Pancheri
© de la presentación a «Cartas dispersas»,
2023 by Francisco Socas Gavilán
© de la traducción, 2023 by Francisco Socas Gavilán
© de la revisión, 2023 by Jordi Bayod Brau
© de esta edición, 2023 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S. A.

Cubierta a partir de *Boceto de un maestro de obras (2)* (1860), de John Ruskin

ISBN DE LA OBRA COMPLETA: 978-84-19036-65-0
ISBN DEL VOLUMEN I: 978-84-19036-66-7
ISBN DEL VOLUMEN II: 978-84-19036-67-4
ISBN DEL VOLUMEN III: 978-84-19036-68-1
ISBN DEL VOLUMEN IV: 978-84-19036-69-8
DEPÓSITO LEGAL: B. 12 877-2023

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2023*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Prólogo. Petrarca, el hombre</i> , por UGO DOTTI	vii
<i>Cronología de la vida y las obras</i>	xxxiii
<i>Nota del traductor</i>	xli

CARTAS FAMILIARES

LIBRO PRIMERO	3
LIBRO SEGUNDO	93
LIBRO TERCERO	187
LIBRO CUARTO	271
LIBRO QUINTO	355
LIBRO SEXTO	433
LIBRO SÉPTIMO	517
LIBRO OCTAVO	605
LIBRO NOVENO	693
LIBRO DÉCIMO	779
LIBRO UNDÉCIMO	859
LIBRO DUODÉCIMO	949
LIBRO DECIMOTERCERO	1035
LIBRO DECIMOCUARTO	1119
LIBRO DECIMOQUINTO	1183
<i>Abreviaturas bibliográficas</i>	1273
<i>Sumario</i>	1291

PETRARCA, EL HOMBRE

I. EL SENTIDO DE UN EPISTOLARIO

La imagen de *messer* Francesco dedicado, en la soledad de Vaucluse, a cantar sobre Laura y suspirar de amor es una imagen sin duda verdadera aunque banal, pero no es la única.

Demasiadas veces se olvida, al menos en el sentir común, que el poeta del *Canzoniere* fue también el fundador del humanismo, vale decir de aquella cultura que rompe con la cultura escolástica y escolásticamente teológica de la Edad Media, que redescubre el vigor creativo y operativo del hombre, que erige en símbolo el modelo de la Roma antigua, proporcionando así a Maquiavelo los instrumentos intelectuales para revolucionar el modo de pensar tradicional y dándole por último la mano, por así decirlo, a la *clairté* de la ilustración dieciochesca. «Una gloria no rechazo», escribe Petrarca casi en los umbrales de la muerte, «la de haber suscitado por vez primera en Italia, y quizá también fuera de Italia, estos estudios nuestros descuidados durante muchos siglos. Yo soy, en efecto, el más viejo de todos los que entre nosotros se han afanado en ellos». Así le dice a Boccaccio en una de sus últimas cartas, las de vejez (*Sen.* 17.2).

Todo este patrimonio de valores, de batallas y polémicas a veces muy enconadas, Petrarca lo expresa sin embargo en latín, esto es, en aquella lengua en la que estaba ya documentado incluso antes de la llegada de Cristo y a pesar de que sobre él—de querer decir las cosas con franqueza—se hubiese no pocas veces abatido, desde el punto de vista ideológico, el descrédito promovido, y *pour cause*, por la concepción del mundo opuesta que fue típica de los grandes Padres de la Iglesia. Sé bien que me arriesgo, expresándome así, a una

suerte de esquematismo maniqueo; diré, pues, matizando, que mucha de la obra petrarquiana puede verse, con respecto al cristianismo (y Petrarca fue indudablemente cristiano), como una continua, sutil, pero a la larga también subversiva obra de transgresión. También en el canto amoroso. ¿Y qué otra cosa representa el obstinado amor de Francesco por Laura sino precisamente el desafío, tanto más arriesgado cuanto más consciente, que lanzó, ya sea en el fondo o en las formas, frente a la palabra divina que prohíbe, como tantas veces advierten un Pablo o un Agustín, que el amor del hombre hacia Dios pueda pasar a través del afecto hacia una «criatura» suya? «Mientras toda criatura debe ser amada por amor al Creador»—refuta Agustín a Francesco en el *Secretum*—, «tú has preferido, preso en el encanto de la criatura, amar al Creador no ya en los términos debidos sino admirando en Él sólo su hacedor, como si no hubiera sabido crear ninguna otra cosa más bella». Y en el *Canzoniere*:

*Da lei ti vèn l' amoroso pensiero,
Che mentre'l segui al sommo ben t'invia.*

[‘De ella te viene al ánimo amoroso, | que por seguirle al sumo bien te guía’].

No es más que un ejemplo de aquellos «espléndidos vicios», como solía expresarse el obispo de Hipona, que andan en los mejores ingenios humanos; claro que de tales esplendores, precisamente por viciosos, no tardarían en abrirse, con la muerte del cuerpo, los abismos de la condenación. Y Petrarca lo sabía.

Pero es precisamente en su grandiosa obra latina—las *Familiars* y las *Cartas de senectud* en primer lugar—, en este monumento de más de dos mil páginas que Petrarca se erigió a sí mismo y a su época para que la posteridad hiciese de ello su caudal y su tesoro, donde echó los cimientos de una crítica que acabó por cambiar, con el rostro de la cultura, también el de

la historia. Fue sobre todo en esta obra donde Petrarca volcó desde su juventud hasta la muerte—las últimas cartas del escritor son justamente del último año de su vida—, todo su saber humanístico, conjugándolo con su juicio sobre el mundo contemporáneo. El escritor vivió, como sabemos, de 1304 a 1374; atravesó, pues, podemos decirlo así, todo un siglo que, como los historiadores han demostrado, fue de los más dramáticos y contradictorios; un siglo en el que, particularmente en Italia, la opulencia del primer capitalismo mercantil, con sus costumbres renovadas y libres, que Boccaccio inmortalizó en el *Decamerón*, estaba sin embargo replegándose hacia involuciones autoritarias y, en cierto modo, incluso neofeudales. Un estrecho círculo de ricas familias (banqueros, antiguos mercaderes y nuevos terratenientes) que iban poco a poco abdicando de sus empresas comerciales y civiles para retirarse en una «privacidad» más cómoda; las grandes instituciones políticas del pasado—Iglesia e imperio—en caída casi a pico; las nuevas instituciones políticas y administrativas constantemente expuestas a las tempestades de los conflictos internos; una masa de hombres—los pobres de siempre—creciendo de modo preocupante bajo el azote de las catástrofes naturales: epidemias, carestías, pestes. Y encima las guerras.

Quien continúe creyendo en el Petrarca plácido y soñador, a lo más afligido por sus llamados «conflictos interiores», y refugiado para aliviarlos en *rêveries* románticas o pseudorománticas, deberá desengañarse con la lectura de tantas y tantas páginas de sus cartas, como por ejemplo aquella de las *Familiares* (22.14) que describe el estado de desolación en que se hallan las tierras de Francia en el curso de la guerra de los Cien Años (estamos en 1360, en el día siguiente del tratado de Brétigny):

No he visto más que una extensa, dolorosa y desventurada desolación; por doquier campos baldíos y erizados de abrojos; por do-

quier, fuera de las que se han salvado por estar dentro de las murallas de una ciudad o fortaleza, casas derruidas y abandonadas; por doquier, en suma, las tristes huellas y las recientes y dolorosas cicatrices de los destrozos que han hecho los ingleses.

Tampoco Francia, por tanto, y no de un modo diferente que Italia, pudo sustraerse a la dolorosa mirada y al amargo juicio de este nuevo intelectual que en la irracional agresividad del hombre y en su estúpida codicia de poder, que casi siempre desembocan en guerras catastróficas, ve como un emblema de muerte y el estigma de la maldad humana:

I' vo gridando: pace, pace, pace.
[‘Y paz y paz y paz yo voy gritando’].

Y no sólo en Italia sino en Europa. Si Voltaire, denunciando las insensateces y prejuicios de su sociedad, escribió, digamos, su *Diccionario filosófico*, Petrarca, con los mismos fines y proponiendo la alternativa de la sabiduría humanística iluminada desde la «ciudadela de la razón» (como, tomando prestada una célebre expresión platónica leída en las *Tusculanas* de Cicerón, no se cansará nunca de repetir), escribe sus *Familiares* y *Cartas de senectud*, suerte de «ensayos epistolares» que recorren toda la existencia del poeta, desde su primera juventud al último año de su vida, pero que la recorren ni más ni menos que como ensayos, como mirada crítica sobre sí mismo y el mundo y, no raras veces, sobre la historia entera del proceso humano. Todo esto, más que a los historiadores de la literatura, no ha escapado a los de la filosofía y la cultura (pensemos cuando menos en tantas páginas de Eugenio Garin o de Hans Baron); pero incluso en este caso se ha insistido más bien en los temas de fondo del nuevo pensamiento laico-humanístico, o lo que es lo mismo, sobre la cultura del alma, sobre el culto a la palabra y la elocuencia, sobre la primacía de la conciencia, sobre el mito de la vida solitaria y cosas así. Con mucha razón, naturalmen-

te. Y de todos modos no debe olvidarse que hay aún otros aspectos de tono más exactamente político y polémico que, también porque con frecuencia están relacionados estrechamente con la biografía del escritor e implican por tanto unas tomas de posición muy enérgicas, cuando no muy agrias sin más, valdrá la pena sacar a plena luz.

Ante todo—y habrá sin duda quien tardará en creerlo—Petrarca fue cualquier cosa menos insensible ante el espectáculo de la miseria, miseria física y social quiero decir, no moral. Son cualquier cosa menos raras, en su epistolario, las descripciones que, con un enojo apenas contenido por el rigor formal, dedica a esos desventurados, sean campesinos o pescadores, que se ven forzados a pasar la vida entera en la prisión de sus duros oficios, a merced de los poderosos o los desastres naturales. Escribe por ejemplo en una de sus primeras cartas familiares (*Fam.* 3.19.2):

Ahora mismo tengo ante mis ojos unos pescadores destrozados por el frío y el hambre. Es asombroso e increíble que pasen días enteros sin comer, mal vestidos, y las noches velando hasta el amanecer, aunque la suerte de todos ellos, cuando para probar echan sus anzuelos y redes, es la misma: no conseguir nada, sacrificarse en vano.

O la representación de aquellos infelices que, sólo por haber nacido en una sociedad todavía regulada por los usos feudales, se ven constreñidos a soportar por obligación las vejaciones de sus «señores» legitimadas y santificadas por las leyes.

Ejemplar en este tema es la ayuda que Petrarca intentó prestar—lo cuenta en una de las cartas familiares (*Fam.* 3.21)—a un pobre joven de una comarca de la Provenza condenado a muerte por el señor feudal del lugar sólo porque éste, encaprichado con la amada del joven, intentaba—a la manera del don Rodrigo de Manzoni—librarse del más afortunado rival del modo expeditivo que el ordenamiento jurídico del

tiempo le permitía. O también las palabras fogosas descargadas contra sus paisanos (los florentinos nunca cayeron simpáticos a Petrarca) por dedicarse casi exclusivamente a actividades comerciales y mercantiles, como intuyendo qué profundos desastres morales y culturales estaban enraizados en una sociedad que no atendía más que al mercado y la ganancia, siempre dispuesta a sacrificar en el altar del dinero todos los valores, como hoy se diría, de la solidaridad humana. Éste es un discurso que en otros sitios—cuando por ejemplo Petrarca se detiene describiendo la realidad social veneciana (véase *Sen.* 10.2)—acaba por implicar en él el vergonzoso tráfico de esclavos, esto es, el tráfico de todas esas hambrientas poblaciones del mar Negro y del mar Caspio que la oligarquía de la Serenísima, en su cinismo mercantil, no dudaba en introducir, a despecho de todo imperativo moral (como es típico de la mentalidad capitalista), en los mercados occidentales. Con toda evidencia el llamado problema del tercer mundo no sólo existía ya hace siete siglos, sino que no escapó tampoco al ojo atento del humanista. Aquel hombre, para concluir esta breve reseña, hace estallar toda su cólera cuando denuncia la superabundancia del mundo de los barones, en este caso romano, en contraste con el desgraciado mundo campesino, siervo de la gleba. Tan vibrantes y apasionadamente polémicos son los tonos que Petrarca emplea en esta larga carta—una carta que después, por prudencia, quedó excluida de la colección oficial (*Var.* 48 [*Disp.* 8])—que ella asume indudablemente el valor de un «manifiesto». Escribió entonces Petrarca: «Se suele tener cierto respeto [...] incluso a los animales, si no por piedad, al menos por temor al daño». Y exclama dirigiéndose a los desgraciados siervos del barón:

En cambio a vosotros ¿quién os respetó nunca? ¿Quién a cada uno de vosotros, en invierno y a medianoche, cuando llueve a cántaros o caen rayos, no os arranca del regazo de la esposa amada para en-

víaros a que os juguéis la vida recorriendo montañas nevadas o marismas fangosas como vil esclavo?

Y más aún:

Pensad, por favor, cuántas veces os habéis expuesto a peligros de muerte por esos tiranos tan soberbios y desagradecidos, mientras a espada ventilabais no vuestros intereses sino los suyos, eso es, quién de ellos sobre todos tendría el poder, quién robaría, quién desvalijaría, quién masacraría, quién destrozaría, quién mataría a capricho y sin ley.

El inferior, el desventurado, el campesino, el *vile mancipium*: la voz de Petrarca se levanta aquí implacable y suena casi como una llamada a la sagrada revolución. Pero, a su vez y frente a ello, he aquí estas otras palabras realmente dignas de una sociedad humana y civilizada, iluminada por la razón y solidaria:

Y que nadie crea falsamente que los que montan guardia por la libertad, los que asumen la defensa de la república hasta ahora abandonada, obran en favor de intereses ajenos; no, obran en favor de los suyos; porque con esa defensa cada uno sabrá que defiende sus bienes, el mercader hallará seguridad, el soldado prestigio, el agrícola buenas cosechas, los religiosos, en fin, sus cultos, los intelectuales sus estudios, los ancianos su descanso, los niños su educación elemental, las muchachas sus bodas, las casadas su honra, todos alegría.

Seamos francos: ni el mismo Voltaire habría podido expresarse mejor o decir más.

Tampoco puede decirse que sean alegatos generosos y magnánimos pero sólo esporádicos. Al contrario. La vida pública de Petrarca, de modo muy diferente a la de Dante y Boccaccio, fue la vida de un hombre que trató a menudo, casi de igual a igual, con los grandes de la tierra: príncipes, emperadores, pontífices. Vivió largo tiempo en Aviñón, centro político de la Europa de su tiempo, a veces halagado y a

veces rechazado en los círculos más altos de la curia; realizó viajes y misiones a París ante el rey de Francia y en Praga ante el emperador. El mayor soberano de Italia en la primera mitad del Trecento, aquel Roberto de Anjou al que Alighieri cordialmente detestaba, lo coronó poeta con menos de cuarenta años sobre la colina del Capitolio romano y con una ceremonia que hizo ruido. Su palabra, aunque no siempre era obedecida, era oída sin embargo y, por decirlo en lenguaje corriente, hacía opinión. Era natural por tanto que cuando tomaba una posición política no conforme a las expectativas de los poderosos se produjeran reacciones que podían comprometerlo seriamente y truncar incluso su carrera. ¿Se encontró Petrarca en tales apuros? Desde luego que sí; baste mencionar aquí el apoyo que en 1347 prestó a la generosa iniciativa del tribuno Cola di Rienzo, cuando éste, soñando con el renacimiento de la república de Roma, emprendió una dura batalla contra la Iglesia de Aviñón y contra el feudalismo romano que la apoyaba. Así fue: con un clamor que causó sensación, Petrarca no dudó en ponerse de parte del tribuno contra las jerarquías eclesiásticas y nobiliarias. No se trataba solamente, para él, de un compromiso político y civil; se trataba sobre todo de un compromiso moral y cultural; de un compromiso acorde con aquel saber humanístico que llevaba ya tiempo difundiendo y del que era ya, y desde hacía mucho, maestro reconocido. No podemos en estas páginas de introducción aludir ni siquiera mínimamente a las vicisitudes tan interesantes que contemplaron aquellos meses de lucha en todos los frentes; bastará decir aquí que la adhesión que él prestó al programa revolucionario de Cola lo arrastró a romper resueltamente con aquellos poderosos ambientes de Aviñón que lo habían protegido hasta aquel momento, y a regresar a Italia para comenzar desde allí, desde Milán y de manera más laica, la segunda parte de su existencia y comenzar al mismo tiempo a difundir—y esto es algo de gran importancia—la cultura de un Estado laico y poten-

cialmente unitario que superase la peligrosa fragmentación de la península, preparase un proyecto político de pacificación de las diversas camarillas y *lobbies* mercantiles, se ocupase del bienestar social frenando los egoísmos privados y, sobre todo, se preocupase de organizar una política cultural valiéndose justamente de los primeros humanistas en formación. Fue lo que, en buena medida, se realizó.

No hace falta decir que en las cartas de polémica y batalla que integran esta parte de su epistolario, leemos a menudo acentos despectivos dedicados a las clases dirigentes tradicionales y a las jerarquías eclesiásticas en primer lugar, también expresiones, movimientos conceptuales, apuntes de pensamiento que parecen a veces anticipar las más audaces formulaciones de Maquiavelo. Entre las primeras deben recordarse ciertamente las que el humanista prefirió reunir en una colección aparte, sin el nombre del destinatario para no implicarlo en una eventual condena, esto es, las *Cartas sin nombre* que Petrarca lanzó contra la corrupción «babilónica» y contra la traición a los más puros ideales evangélicos; pero deben recordarse también ciertos juicios tan hirientes que, de entrada, costaría trabajo asignar al poeta de Laura. Así, por ejemplo, el que pronunció Stefano Colonna el Viejo: la Iglesia de Roma suele amar a los poderosos («Ecclesia romana consuevit diligere potentes») y que Francesco comenta como sigue (*Fam.* 15.1.9): «No se puede decir en menos palabras, no se puede decir con más verdad». Entre esas observaciones, o juicios, o modulaciones de pensamiento que podrían hacer pensar en los puntos de vista de Maquiavelo, ahí está por ejemplo todo lo que Petrarca escribe, concluyendo una de sus violentas condenas de la corrupción, y a la vez de la miseria, del panorama de los estudios jurídicos de su tiempo. Dirigiéndose, como maestro a discípulo, a un amigo más joven que no sabe si dedicarse o no al estudio del derecho, el poeta, al término del desolado cuadro recién trazado, observa lo siguiente (*Fam.* 20.4.29):

La intención del sujeto activo es lo primero en las obras de los hombres; importa mucho con qué propósito se emprende una cosa. Porque no es la cosa en sí sino tu actitud la que merece alabanza o reprobación; la actitud es la que cambia lo bueno en malo y lo que parece malo en bueno. Ella es la que orienta una y la misma cosa a fines tan diversos que ya no parecen la misma cosa sino dos completamente contrarias.

«Illa est que et bona in malum et mala que videntur in bonum flectit». ¿Cómo no pensar, ante formulaciones expresadas con tanta nitidez, en el capítulo octavo de *El príncipe*, pongamos por caso, donde Maquiavelo, refiriéndose a la enérgica y expeditiva conducta de Agatocles de Siracusa, discute sobre «la crueldad mal empleada o bien empleada» y, distinguiendo la una de la otra precisamente según el criterio de la intención y del proyecto que se asienta en la base de la acción, concluye también él que aquello que parece malo es unas veces bueno y lo que parece bueno es en ocasiones malo?

¿O cómo, de nuevo, no hacer alusión al autor de *El príncipe* cuando vemos a Petrarca criticar duramente a Cola di Rienzo (*Fam.* 13.6) por el hecho de que, tras haber derrotado y capturado a sus implacables enemigos (algunos miembros de la familia Colonna), en vez de eliminarlos lo que hizo fue perdonarlos y, peor aún, liberarlos? ¿Clemencia o necia ingenuidad política?, se pregunta el poeta. ¿Y no será Maquiavelo quien decretará, gráficamente, que a los enemigos es necesario halagarlos o eliminarlos? ¿O cuando al fin, en una importante carta dirigida en el otoño de 1351 a los reformadores del gobierno de Roma, todos ellos altos dignatarios de la curia aviñonesa, les sugiere (*Fam.* 11.16) que hagan participar en la administración pública incluso a los representantes del mundo popular, de la «clase plebeya», ya que esta participación fue una institución ejemplar en la antigua república romana, esto es, el tribunado de la plebe? Será naturalmente Maquiavelo quien sacará a plena luz el papel revi-

talizador de los antagonismos políticos en un Estado que se propone «ampliarse» y no sólo «mantenerse», esto es, que quiere mirar al futuro y no permanecer en un inmovilismo siempre estancado y peligroso; y sin embargo, como decíamos, en Petrarca y en su humanismo civil y político se advierte ya como su anticipación. También, por estos y otros apuntes conceptuales semejantes, no deberá decirse más—ni repetirse servilmente—que buscó, a la sombra de la *Signoria* naciente por entonces en Italia, una cómoda y egoísta protección para holgar y poetizar tranquilamente; y la clamorosa y violenta discusión que, en el ámbito de sus propios amigos y protectores, estalló a fines de 1353 cuando el poeta se instaló en Milán bajo la protección de los Visconti, será sin más un primer y llamativo testimonio sobre las opiniones diversas en torno al papel del intelectual frente al poder político; una discusión que en Italia se arrastrará sin duda hasta los tiempos de Ariosto e incluso más allá hasta los de Torcuato Tasso. Habrá más bien que reconocer que Petrarca fue el primero en divisar en el príncipe y su corte—corte ahora de humanistas y no todavía de cortesanos—el primer núcleo de un posible Estado laico y unitario que supiese desarrollarse según el modelo de la *res publica* romana. Si después no ocurrió eso, no fue desde luego responsabilidad de Petrarca. Culturalmente al menos, y por tanto ideológicamente, él se batió por conseguirlo.

¿Y la Iglesia? Aquí, naturalmente, las posiciones de Petrarca y Maquiavelo divergen. Para el secretario florentino, como bien se sabe, ella, y precisamente como institución histórico-política, representaba la razón principal que hacía imposible la unidad de Italia, puesto que, como se expresa en páginas célebres, no fue nunca lo bastante fuerte para poderla unificar ella misma ni tan débil como para permitir que otros la unificasen. Semejante cuestión ni siquiera se presentó a la mirada de Petrarca. Como cristiano y creyente (lo que no era Maquiavelo), Petrarca veía en la Sede Apostólica el

baluarte de la fe, la voz sagrada del mensaje de Jesús y sus apóstoles. Como hemos visto hace un momento, y como no haría de forma diferente un Dante o una santa Brígida, denunció los malos comportamientos políticos y el extravío de la Sede, pero jamás puso en discusión su existencia. Lo que más bien soñaba (quizá un poco a la manera medieval) era su retorno de Aviñón a Roma, su asiento natural, y por ello combatió, sobre todo cuando, a fines de los años sesenta, la cosa parecía inminente con la iniciativa histórica del papa Urbano V, el cual, aunque francés, desafió sin embargo a las poderosas y hostiles camarillas de los cardenales de su país—la *pars gallicana*—y volvió durante tres años a sentarse en el trono de San Pedro a orillas del Tíber.

Es justamente este retorno apoyado con tanto fervor por el poeta de Laura lo que domina y campea, desde un punto de vista político, en el epistolario del último Petrarca, del séptimo libro de las *Cartas de senectud* en adelante. Desde luego ahí resuena insistentemente el pensamiento de la muerte ya próxima, resuena el tema de la salud cada vez más delicada del viejo poeta; resuenan los aguijonazos críticos y polémicos frente a la pretendida ciencia médica de su tiempo; pero resuenan también, y con vigor insospechado, sus poderosos alegatos para que un evento histórico como aquel, que parecía poner fin a la casi secular cautividad aviñonesa, llegara a ser irreversible a pesar de tantas fuerzas en contra que al otro lado de los Alpes entraron en liza precisamente para anularlo. Y en efecto, como es sabido, a fines de 1370 Urbano V se vio obligado a abandonar Roma y a regresar al Ródano. También en esto no podemos más que limitarnos a unas cuantas indicaciones; pero podemos decir que las cartas de Petrarca que afrontan tal cuestión—cartas que ponen en juego el reconocido prestigio del poeta—están ahí como testimonios muy significativos de una batalla política que tendrá un porvenir, sobre todo porque, en la esperanza de que Cristo pudiese permanecer allí donde había decidido

poner su residencia, el poeta veía el primer y decisivo paso de la Iglesia hacia su urgente y ya inaplazable reforma. No se trata de enfatizar la posición de Petrarca; lo que es cierto es que el problema de la Reforma será el problema históricamente determinante, en Italia como en Europa, de los dos siglos siguientes.

Razones religiosas, de fe privada y público interés se mezclan sin embargo en ese momento final de la vida y obra de Petrarca, en un contexto de compromisos políticos y expresiones literarias tan hondamente polémico que todo ello acabó por desencadenar, casi inevitablemente, la dura cólera de la parte filofrancesa. Pero no por eso Petrarca, que ya se acercaba a los setenta años, dudó en afrontar sus últimas batallas contra los reaccionarios de Francia, llegando incluso a insinuar, y ni mucho menos veladamente, que los cardenales hostiles a Urbano V lo habrían, apenas recién llegado a Aviñón, eliminado mediante un veneno por ver de impedir, como corría la voz, que, arrepentido de su regreso, intentara dar marcha atrás. Y he aquí que con ello surge un nuevo combate de tonos en apariencia fanáticamente nacionalistas: Italia contra Francia, la civilización contra la barbarie. Pero no es así. La última invectiva que a un año de su muerte Petrarca descargó contra Jean de Hesdin en defensa de nuestra península, la *Invectiva contra eum qui maledixit Italie* (1373), representa en realidad la defensa del mito de Roma—de su cultura por delante incluso de su poderío—como mito del que mana el nuevo saber humanista destinado, éste sí, a iluminar al mundo. «Se acumularán años sobre años, siglos sobre siglos: queda mucho todavía por hacer y mucho seguirá quedando; no habrá nunca un hombre, aunque nazca dentro de mil siglos, que no tenga ocasión de añadir algo a lo ya hecho». Estas palabras de Séneca (*Ad Luc.* 64.7), que Petrarca recuerda a Giovanni Boccaccio en una de sus últimas cartas (*Sen.* 17.2), valgan al menos para acuñar el retrato de Francesco Petrar-

ca desde luego como poeta de amor, pero tal vez sobre todo como el intelectual de los tiempos modernos que resuenan con tonos más laicos.

II. HACIA LA INMANENCIA

8 de abril de 1341: sobre el Capitolio romano, con una ceremonia fastuosamente solemne, Francesco Petrarca fue coronado poeta. El evento, también en virtud de la notable capacidad del premiado de valorar la propia imagen, fue ciertamente espectacular, tanto más cuanto para patrocinarlo concurren las más altas autoridades políticas del tiempo: la curia de Aviñón y la corte napolitana de Roberto de Anjou. Así pues, desde este punto de vista se debería decir que el humanismo, que aquí parece firmar su acta oficial de nacimiento, se abre camino en la órbita y bajo la protección de la cultura «católica», la cultura todavía hegemónica y todavía indiscutida. Y sin embargo, de allí a no mucho tiempo, esta impresión resultará errada.

Cuando en 1347 el tribuno Cola di Rienzo dé vida a su «revolución» (ineficaz en el plano de los resultados pero significativa en el de las intenciones) y oponga la tradición republicana de Roma—con sus Brutos y sus Escipiones— a la baronía feudal protegida desde Aviñón, Petrarca estará completamente de su parte. Y no sólo eso. Las graves consecuencias de estos hechos, que provocaron ciertamente un gran interés en Italia y Europa, lo arrastraron a la ruptura con los mecenas de su juventud, a su definitivo abandono de la Provenza y de la ciudad papal, y a su asentamiento estable en Italia bajo la generosa protección de los nuevos señores y príncipes laicos desde Milán a Venecia y Padua. Y, de nuevo, no sólo eso: la cultura humanística propuesta por él tenderá cada vez más a convertirse, desde ese momento, en una cultura laicamente comprometida en la constitución de un Estado laico. Si dos

siglos después Maquiavelo podrá plasmar sus ideales políticos tomando como modelo la república romana, debe decirse que tal modelo, aunque con unas formas más idealizadas y literarias, había sido establecido ya por Francesco Petrarca.

¿Cuáles eran por lo demás los méritos poéticos de aquel Francesco, que aún no había cumplido los treinta y siete años, cuando, a manos del conde Orso dell'Anguillara, recibió sobre su cabeza la corona en el Capitolio? Poco más del esbozo de dos obras que sin embargo, desde el principio, fueron pensadas y proyectadas como la glorificación histórica y poética de Roma, esto es, el *De viris* y el *Africa*. El mensaje del humanismo se entregaba así no tanto a la celebración de la «ciudad de Dios» como sobre todo a la del hombre y de su civilidad. (Y Agustín, en las confesiones del *Secretum*, se lo echará en cara).

Todo esto, naturalmente, habría podido ser un fenómeno meramente retórico si no hubiera estado acompañado, y con gran profundidad, de dos propósitos decisivos: el redescubrimiento de la latinidad en lo que ella de verdad había significado (más allá por tanto de las interpretaciones y sobreañadidos de la tradición cristiano-medieval) y, como su consecuencia, la reanudación de una cultura que había apostado todo al hombre y su historia. No hace falta decir, con todas las cautelas que se quiera, que el camino que los nuevos *studia humanitatis* habían empezado a recorrer se dirigía *contra* la cultura hegemónica de la tradición cristiana orientándose específicamente hacia metas laicas e inmanentes. El alejamiento de Petrarca de los ambientes de la curia obedecía, pues, a motivaciones muy serias, sobre todo inherentes a aquella nueva concepción del mundo que él, con incansable tenacidad, venía proponiendo día tras día, tanto que, fijadas esquemáticamente estas coordenadas, no tendríamos que extrañarnos demasiado si incluso un Giovanni Boccaccio, digamos, acoge con entusiasmo los nuevos puntos de vista: el mismo sacrificio del vulgar ante el latín le parece un precio

a pagar por la recuperación de un horizonte humano que no podía por menos de manifestarse arrebatador.

La nueva cultura humanística, en todo caso, podemos muy bien leerla de dos modos, intensivo y extensivo: *intensive* como cultura del alma humana que pone en discusión sus problemas, orientaciones, turbaciones e incertidumbres, y que por tanto, en cuanto tal, se configura como una cultura moral además de histórica; *extensive* como cultura que, gracias también a la ciencia conexas de la filología y a los consiguientes descubrimientos, dio lugar a un notable salto adelante en el ámbito del conocimiento directo de los grandes y menos grandes autores de la Antigüedad, produciendo así una cantidad de meras informaciones (muchas veces bajo la forma de anécdotas de relevante alusividad moral) notablemente superior al patrimonio precedente. Obras de Petrarca como el *De remediis*¹ o los *Rerum memorandarum libri*—o de Boccaccio como *sus Genealogie*—son en efecto tan ricas en referencias doctas que asumen, también en su trama narrativa, aspecto y forma de verdaderas y auténticas enciclopedias del saber, reavivado siempre, eso sí, mediante la reflexión o la polémica. No por casualidad, cuando se leen las páginas de los humanistas posteriores italianos y europeos, desde Leon Battista Alberti a Erasmo, se tiene como la impresión de releer lo ya leído y de encontrarse como en un circuito común dirigido a un mayor enriquecimiento y perfeccionamiento moral. La «biblioteca» de Dante, en este sentido, asume una coloración todavía del todo medieval.

La biblioteca de Petrarca, por tanto, fue decididamente innovadora. Pero ¿cuál era su composición? No pretendemos

¹ Existe traducción parcial en: *Remedios para la vida*, selección, prólogo y traducción de José María Micó, Barcelona, Acantilado, 2023. (N. del E.).

aquí—ni podemos—trazar un cuadro ni siquiera reducido. Desde los estudio todavía imprescindibles de Pierre de Nolhac o de Remigio Sabbadini, continuados después por Giuseppe Billanovich y Umberto Bosco, estamos suficientemente informados de que junto a los volúmenes de los grandes antiguos entonces conocidos convivían los textos de los Padres de la Iglesia, en particular los de Agustín y Jerónimo, por más que las preferencias de Petrarca, como el escritor confiesa explícitamente (*Fam.* 4.15.3), eran para el obispo de Hipona. Y por lo demás la primera adquisición librería de Francesco de la que tengamos noticia, de febrero de 1325 en Aviñón, fue precisamente el *De civitate Dei* agustiniano.

Pero sabemos también que justamente en este período Francesco, junto con su padre, atendía a la configuración de aquel Virgilio suyo que luego será el célebre Virgilio ambrosiano y que entre 1328 y 1329, como atestigua el actual Harleiano 2493, hoy en el British Museum, trabajaba diligentemente en el rescate y la restauración de las *Décadas* de Tito Livio. Desde los mismos inicios de su carrera de humanista, clásicos gentiles y clásicos cristianos convivían en la biblioteca de Petrarca; pero ¿daba lugar, tal convivencia, a perturbaciones ideológicas en quien diariamente los frecuentaba? ¿Advertía o no advertía, su apasionado lector, que las dos «líneas» expresaban, incluso dentro de la aparente diversidad de los argumentos tratados, visiones del mundo, si no opuestas, ciertamente muy diversas la una de la otra? ¿Y por cuál de las dos tomar partido? ¿Qué riesgo se podía correr transgrediendo ciertas férreas normas cristianas o entregándose demasiado al placer, digamos, de la elocuencia ciceroniana?

Que el problema existió, en todo caso, es indudable. No me refiero sólo al *Secretum*, esto es, al libro por excelencia donde este drama (y uso el término a propósito) fue puesto en discusión de una manera atenta y más analítica que nunca. Me refiero en particular a algunas confesiones que, tanto en las *Familiares* como en las *Cartas de senectud*, nos replan-

tean la cuestión en términos muy claros y precisos, desde la célebre carta que en clave del todo metafórica describe la famosa ascensión del poeta al Mont Ventoux hasta otras, quizá menos conocidas, que sin embargo, y con constante preocupación, golpean también sobre la misma tecla. Veamos por ejemplo cómo Petrarca, dirigiéndose a Nelli (*Fam.* 22.10), se expresaba en 1360:

Amé a Cicerón, lo confieso, y amé a Virgilio, sacando tanto placer de su estilo e inventiva como no saqué otro mayor de ninguna cosa [...] Amé del mismo modo a Platón entre los griegos y a Homero, cuyos talentos comparados con los nuestros a menudo me dejaron en la duda.

Y he aquí que inmediatamente aflora aquel sentimiento dramático que decíamos:

Pero ahora tengo una tarea más importante y me cuido más de la salvación que de la elegancia del lenguaje; leí lo que me deleitaba, leo lo que me aprovecha; ésta es ahora mi actitud, mejor dicho, lo ha sido desde hace mucho, pues ni estoy empezando ahora, ni mi cabellera canosa dice que hago esto antes de tiempo. Ya entonces mis oradores fueron Ambrosio, Agustín, Jerónimo y Gregorio, mi filósofo Pablo, mi poeta David, al que tú sabes que hace muchos años en la primera égloga de mi *Poema bucólico* lo enfrenté de tal manera con Homero y Virgilio, que allí quedó en la duda quién de ellos se llevaba la palma.

Y concluye luego:

Para el lenguaje, si la situación lo exige, utilizaré a Marón o a Tulio, y no me dará vergüenza tomar prestado algo de Grecia si veo que el Lacio carece de ello; para la vida, en cambio, aunque he visto muchas cosas de provecho en esos autores, usaré sin embargo aquellos consejeros y guías para la salvación en cuyas creencias y doctrinas no hay sospecha de error ninguna. Entre ellos David siempre será para mí con toda la razón el primero, tanto más bello cuanto menos primoroso, tanto más sabio y elocuente cuanto más puro.